

DISCURSO pronunciado por el C. Alvaro Obregón, Presidente electo de México, en el Edificio del Liberty Hall de la Ciudad de El Paso, Tex., el 6 de Octubre de 1920, día dedicado a México, en la Exposición Internacional efectuada en dicha Ciudad, en la semana del 4 al 8 del mismo mes.

---

Si yo hubiera sido conducido hasta este Coliseo por un camino desconocido o con los ojos vendados, no podría precisar en estos momentos si estábamos en territorio americano o en territorio de mi patria. (Aplausos.)

El ambiente que campea debajo de esta inmensa bóveda hiere nuestro corazón por lo más tierno y por lo más noble y se nos antoja creer en una ilusión que bien pudiera ser un anhelo supremo de iniciar una nueva vida no solamente entre México y Estados Unidos, sino una nueva vida de armonía y de confraternidad estrecha entre todos los países del Continente americano; y puedo asegurarles que México está dispuesto no solamente a recoger esta corriente de armonía, él la vigorizará y servirá de puente para que pase a recorrer todos los pueblos de la América Latina.

Para dar la importancia verdadera que encierra este acto tan solemne, retornemos unos cuantos años y recordaremos con dolor aquella visita que hiciera a la Ciudad de El Paso cuando las conferencias entre México y Estados Unidos, representadas por el General Scott y por mí. Un escalofrío de zozobra y de intranquilidad recorría todo el organismo de nuestros pueblos. Las madres y las esposas se arrodillaban para pedirle al Dios de los buenos que pusiera un rayo de luz en los cerebros de dos hermanos que pretendían desgarrarse antes de conocerse. (Aplausos.) El río Bravo, que por muchos años parecía una barrera infranqueable, ahora ha desaparecido para nosotros; esta mañana, por primera vez después de diez años, cruzaba el puente internacional un tren; en él ondeaban las banderas de México y de Estados Unidos y se nos antojaba un emisario de paz que venía con un mensaje de amor al pueblo de los Estados Unidos de Norte-América. Desde que pasamos el puente, empezamos a descubrir semblantes halagueños; ya no eran los ojos expectantes, las miradas escrutadoras de aquellos días de dolor y de angustia; ahora eran las miradas de amor, las miradas de ternura de dos pueblos hermanos que por fin se comprenden y se abrazan.

Sea para la Ciudad de El Paso la gloria de haber colocado la primera piedra del inmenso templo a la confraternidad y al amor que se levantará en todo el Continente americano. Que sea este templo de amor y de confraternidad el que dé cabida a todos los hijos del Continente; que nos sean ya los templos de Marte que tocan a arrebató para llevar a los hombres a desgarrarse los unos con los otros, y que las generaciones futuras, al recoger los frutos de las fecundas semillas que ahora sembramos, tengan un lugar de gratitud para la Ciudad de El Paso y para el ilustre Mr. Cobb que ha encendido en este templo el sacrosanto fuego de la confraternidad y del amor.

DISCURSO pronunciado por el C. Alvaro Obregón, Presidente electo de México, en el Edificio del Liberty Hall de la Ciudad de El Paso, Tex., el 6 de Octubre de 1920, día dedicado a México, en la Exposición Internacional efectuada en dicha Ciudad, en la semana del 4 al 8 del mismo mes.

-----

Si yo hubiera sido conducido hasta este Coliseo por un camino desconocido o con los ojos vendados, no podría precisar en estos momentos si estábamos en territorio americano o en territorio de mi patria. (Aplausos.)

El ambiente que campea debajo de esta inmensa bóveda hiere nuestro corazón por lo más tierno y por lo más noble y se nos antoja creer en una ilusión - que bien pudiera ser un anhelo supremo de iniciar una nueva vida no solamente entre México y Estados Unidos, sino una nueva vida de armonía y de confraternidad estrecha entre todos los países del Continente americano; y puedo asegurarles que México está dispuesto no solamente a recoger esta corriente de armonía, él la vigorizará y servirá de puente para que pase a recorrer todos los pueblos de la América Latina.

Para dar la importancia verdadera que encierra este acto tan solemne, retornemos unos cuantos años, y recordaremos con dolor aquella visita que hiciera a la Ciudad de El Paso cuando las conferencias entre México y Estados Unidos, representadas por el General Scott y por mí. Un escalofrío de zozobra y de intranquilidad recorría todo el organismo de nuestros pueblos. Las madres y las esposas se arrodillaban para pedirle al Dios de los buenos que pusiera un rayo de luz en los cerebros de dos hermanos que pretendían desgarrarse antes ~~xxx~~ de conocerse. (Aplausos.) El río Bravo que por muchos años parecía una barrera infranqueable, ahora ha desaparecido para nosotros; esta mañana, por primera vez después de diez años, cruzaba el puente internacional un tren; en él ondeaban las banderas de México y de Estados Unidos yase nos antojaba un emisario de paz que venía con un mensaje de amor al pueblo de los Estados Unidos de Norte-América. Desde que pasamos el puente, empezamos a descubrir semblantes halagueños; ya no eran los ojos expectantes, las miradas escrutadoras de aquellos días de dolor y de angustia; ahora eran las miradas de amor, las miradas de ternura de dos pueblos hermanos que por fin se comprenden y se abrazan.

Sea para la Ciudad de El Paso la gloria de haber colocado la primera piedra del inmenso templo a la confraternidad y al amor que se levantará en todo el continente americano. Que sea este templo de amor y de confraternidad el que dé cabida a todos los hijos del Continente; que no sean ya los templos de Marte que tocan a arrebato para llevar a los hombres a desgarrarse los unos con los otros, y que las generaciones futuras, al recoger los frutos de las fecundas semillas que ahora sembramos, tengan un lugar de gratitud para la Ciudad de El Paso y para el ilustre Mr. Cobb que ha encendido en este templo el sacrosanto fuego de la confraternidad y del amor.

DISCURSO pronunciado por el C. Alvarez Obregón, Presidente electo de México, en el Edificio del Liberty Hall de la Ciudad de El Paso, Tex., el 6 de Octubre de 1920, día dedicado a México, en la Exposición Internacional efectuada en dicha Ciudad, en la semana del 4 al 8 del mismo mes.

-----

Sí yo hubiera sido conducido hasta este Coliseo por un camino desconocido o con los ojos vendados, no podría precisar en estos momentos si estábamos en territorio americano o en territorio de mi patria. (Aplausos.)

El ambiente que campea debajo de esta inmensa bóveda hiere nuestro corazón por lo más tierno y por lo más noble y se nos antoja creer en una ilusión - que bien pudiera ser un anhelo supremo de iniciar una nueva vida no solamente entre México y Estados Unidos, sino una nueva vida de armonía y de confraternidad estrecha entre todos los países del Continente americano; y puedo asegurarles que México está dispuesto no solamente a recoger esta corriente de armonía, él la vigorizará y servirá de puente para que pase a recorrer todos los pueblos de la América Latina.

Para dar la importancia verdadera que encierra este acto tan solemne, retornemos unos cuantos años, y recordaremos con dolor aquella visita que hiciera a la Ciudad de El Paso cuando las conferencias entre México y Estados Unidos, representadas por el General Scott y por mí. Un escalofrío de zozobra y de intranquilidad recorría todo el organismo de nuestros pueblos. Las madres y las esposas se arrodillaban para pedirle al Dios de los buenos que pusiera un rayo de luz en los cerebros de dos hermanos que pretendían desgarrarse antes ~~xxx~~ de conocerse. (Aplausos.) El río Bravo que por muchos años parecía una barrera infranqueable, ahora ha desaparecido para nosotros; esta mañana, por primera vez después de diez años, cruzaba el puente internacional un tren; en él ondeaban las banderas de México y de Estados Unidos y se nos antojaba un emisario de paz que venía con un mensaje de amor al pueblo de los Estados Unidos de Norte-América. Desde que pasamos el puente, empezamos a descubrir semblantes halagueños; ya no eran los ojos expectantes, las miradas escrutadoras de aquellos días de dolor y de angustia; ahora eran las miradas de amor, las miradas de ternura de dos pueblos hermanos que por fin se comprenden y se abrazan.

Sea para la Ciudad de El Paso la gloria de haber colocado la primera piedra del inmenso templo a la confraternidad y al amor que se levantará en todo el continente americano. Que sea este templo de amor y de confraternidad el que dé cabida a todos los hijos del Continente; que no sean ya los templos de Marte que tocan a archo to para llevar a los hombres a desgarrarse los unos con los otros, y que las generaciones futuras, al recoger los frutos de las fecundas semillas que ahora sembramos, tengan un lugar de gratitud para la Ciudad de El Paso y para el ilustre Mr. Cobb que ha encendido en este templo el sacrosanto fuego de la confraternidad y del amor.